



Con la primera luz



Energía y ejemplo

ANTONIO COLINAS

QUIENES tendemos a escuchar, más que hablar, nuestras muestras de admiración están hechas a veces de silencio. En último extremo, este artículo debiera remitir a ese silencio, tan propio de los orientales que, sin embargo, reconoce y admira de manera sincera y extremada. Escribiendo sobre Víctor García de la Concha la admiración no puede ser en mi caso formal, sino esencial; debe basarse, obligadamente, en otros presupuestos. Por ejemplo, en el admirar, por encima incluso de la gran personalidad, a la persona. Aludiría así a nuestro vecino en Salamanca, con el que se convive en respeto, o al paseante solitario con el que nos cruzamos camino del Tormes, o al ser que, por asturiano, tiene doblemente hermandad histórica y raíces familiares en León.

Sin embargo, remitiéndome a esta visión esencial, un poeta no puede pensar y escribir sobre García de la Concha sin aludir a la poesía, materia consustancial a su vida y trabajo. No sólo por enseñarla de manera ejemplar, como siempre me han reconocido quienes tuvieron la fortuna de ser sus alumnos. También me remite a la poesía porque él ha sido un crítico fundamentado de ella, lo que supone ser un apasionado lector de este género.



Igualmente, por su atención hacia los poetas (no sólo los muertos, sino los vivos) y hacia los nuevos libros que se iban publicando. Insisto en que, siendo poeta, no puedo ser objetivo, ni recordar los méritos innumerables del personaje público, sino extraer del recuerdo instantáneas personales por entrañables.

Así, su interés por aquel proyecto pionero de tesis, mucho antes de las varias que luego se han hecho sobre mi obra. O la temprana intervención que él me permitió tener en una de sus aulas. O aquel gesto de incluirme entre los participantes del selecto Encuentro de Intelectuales que se celebró hace muchos años en la universidad salmantina. O el primer y riguroso Encuentro de Verines, dedicado a los poetas de las diversas lenguas españolas, del que conservo en mi archivo una fotografía generacional. O su seguimiento crítico en el tiempo de nuestros libros de poemas.

Escribo este artículo –que brota espontáneamente, con naturalidad, viajando en un tren entre Sevilla y Madrid–, mientras leo en un periódico el nombramiento de Víctor como Director del Instituto Cervantes; un reconocimiento lleno de profunda significación, pues es la consumación (nunca el final) de una entrega tan laboriosa y tenaz a la Lengua y a la Literatura. Mi mente voló, pues –como el tren que me devolvía a casa– hacia el García de la Concha esencial; no sólo hacia la personalidad que madura plenamente su vida con una entrega y una actividad titánicas. Quienes hemos ido llevando durante muchos años las palabras españolas fuera de nuestras fronteras, sabemos del significado fértil de las que él recuerda en una entrevista: “América”, “Estados Unidos”, “China”, “Corea”... Sé por mis viajes –que han tenido a veces como meta los Institutos Cervantes– lo que supone apostar por el Español en esta hora de expansión acelerada e inusitada en el mundo. La fijación y consolidación de nuestra Lengua, se deben excepcionalmente a este profesor salmantino al que nos gusta divisar en sus paseos, lentos y silenciosos, por nuestras calles. Tal vez de ellos extraiga esa energía y ejemplo de su trabajo en pro de muchos.